

juela, que este momento solemne en que profesores y educandos ofrecen al público el fruto de sus labores durante el presente año. A pesar del número y variedad de las materias, y no obstante que los exámenes privados no han podido ser más rigurosos y, puedo decirlo, hasta inusitados, así por su duración, como porque en varias asignaturas los examinadores no se han limitado al texto adoptado en las clases, la mayor parte de los jóvenes han obtenido la nota de sobresalientes».

Al referirse a los trastornos e intrigas que parecían iniciarse para el año siguiente, agregó: «No temáis, jóvenes, por vuestro porvenir; vuestra carrera no será interrumpida, aunque fuera preciso continuar dando gratis las clases, a lo cual estamos dispuestos tanto el director como el cuerpo de profesores, antes que permitir la interrupción de vuestras tareas. Bien sabéis que no sería ésta para mí la primera vez que tengo el gusto de poner a vuestra disposición y gratis mis pocos conocimientos».

Ese era el león de bronce de Alajuela, el que nunca se dejó majar la cola, pero el más generoso de los hombres. No solamente daba lecciones gratis en aquel Instituto inolvidable, sino también en su casa, en víspera de exámenes, desatendiendo su clientela de abogado y sus negocios comerciales. Más aún, cuando se cerró aquel plantel de Educación Secundaria, a mediados del tercer año, por disposición económica gubernativa, el licenciado Fernández hospedó en su casa de San José algunos estudiantes para que termináramos en el Instituto Nacional nuestras labores, hasta llegar al Bachillerato, dieciocho meses más tarde, porque los cursos estaban compendiados entonces en cuatro años lectivos.

El Instituto inauguró sus tareas de matrícula en